



movilizaciones se estudian aquí por primera vez, pero, contra las lecturas de Julio Godio, David Rock y Edgardo Bilsky, sucede que además estos hechos no han tenido una interpretación contextualizada y por lo general se los ha tomado de manera aislada entre sí. La novedad de la obra de Doeswijk consiste en hilar la relación entre algunos de estos acontecimientos a partir de seguir el itinerario militante del grupo anarquista liderado por García Thomas, cuyos miembros fueron los más permeables a las influencias de la Revolución Rusa y al sindicalismo revolucionario. Y, en este punto, al rearmar los episodios rodeados de clandestinidad que involucraron al grupo más conspirador del anarquismo argentino, la lectura del trabajo se vuelve especialmente atrayente.

En primer lugar, porque permite conocer nuevos aspectos sobre la trayectoria de José Vidal Mata, Elías Castelnuovo, Hemerigildo Rosales, Pierre Quiroule, Eva Vivé, Atilio Biondi, Julio Barcos, Nemesio Canale, Antonio Gonçalves, Leopoldo Alonso, Santiago Locascio, y Luís Di Filippo, entre algunos otros militantes. Pero también porque se trató de un grupo que publicó periódicos, libros y folletos. Doeswijk se propone rearmar la construcción cultural, ideológica y literaria con la cual estos actores buscaron resignificar los tópicos y preocupaciones anarquistas clásicas, desde el utopismo, anti-nacionalismo, anti-militarismo, hasta el panteón heroico del anarquismo local.

Además, el autor realiza una revisión de las publicaciones periódicas sindicales y culturales hasta ese momento no trabajadas como **La Rebelión, Bandera Roja, El Comunista, El trabajo**, y, después, **El Libertario, Cuasimodo, Vía Libre y El Burro**. De manera tal, en su recorrido también propone la ubicación político-ideológica de otras publicaciones del espectro anarco-sindicalista, como **Voces proletarias, Nubes Rojas, Ideas, La Montaña, El Soldado Rojo y La Batalla Sindicalista**.

Los futuros antorchistas Rodolfo González Pachecho, Teodoro Antillá y demás miembros del grupo "La Obra", fueron los primeros en desencantarse y mostrarse fuertemente críticos con el proceso ruso en 1919. Pero es sólo a partir de 1921 cuando se plantea definitivamente la dicotomía que encontramos en gran parte de la prensa anarquista del período analizado, en donde el ala forista y protestista encabezada por López Arango y Santillán toman a este grupo como enemigos directos: en tanto frente a los "cristalizados" o dogmáticos, fueron los "camaleones" o "anarco-dicadores" quienes insistieron con la experien-

cia bolchevique más allá de las novedades que la "revolución real" traía sobre Kronstad. En los últimos capítulos se desarrolla cómo este grupo quiso unir a las dos FORAs en la Unión Sindical Argentina (USA) y cómo su periódico **El Trabajo** presionaba para acercarla a la futura Internacional Roja mientras organizaba la conformación de la Alianza Libertaria Argentina (ALA). Finalmente, también a través de la poca información y la misma atmósfera sostenida de rumores, intrigas y acusaciones, se reconstruyen los posibles contactos con la llegada de los primeros delegados de Moscú, las experiencias de los viajeros sindicalistas y anarcófilos que pasan por Rusia para evaluar el proceso, y el mítico complot anarco-radical de 1932 con la supuesta participación de Julio Barcos y García Thomas.

La investigación radicada en la UNICAMP bajo la dirección de Michael Hall, investigador principalmente dedicado a la clase trabajadora brasilera, propone comparaciones con las experiencias organizativas del sur de Brasil, y además con España, Francia e Italia. De modo que, a partir del estudio de un grupo minúsculo, las claves de lectura propuestas contextualizan y enriquecen el conocimiento sobre el movimiento obrero del período, a la vez que amplía las fuentes, discute con gran parte de la historiografía y abre hipótesis sobre terrenos hasta ahora no explorados. En este sentido, la ambiciosa variedad de enfoques que propone el texto puede hacerlo parecer desordenado, pero, a la vez, parece ser la manera adecuada de ingresar a este ambiente de intrigas y sospechas y también permitir una gran cantidad de propuestas de lectura sobre agrupaciones, publicaciones, disputas y divisiones, de un período del anarquismo argentino que sólo recientemente se ha podido investigar

Lucas Domínguez  
(CeDInCI/CONICET)

A propósito de Michael Goebel,  
**La Argentina Partida. Nacionalismos y Políticas de la Historia**, Buenos Aires, Prometeo, 310 pp.

**La Argentina Partida. Nacionalismos y Políticas de la Historia**, el libro que recoge los resultados de la tesis de doctorado del historiador alemán Michael Goebel, ofrece una exhaustiva reconstrucción de la relación entre los usos de la historia argentina y las diversas variantes de nacionalismos en de los últimos cien años." El

\* Texto leído en la presentación del libro realizada en el Cedinci el 14 de marzo de 2014.

nacionalismo, nos recuerda el autor en la introducción, apoyándose en una conocida cita de Hobsbawm, tiene en el pasado su principal combustible, su "materia prima esencial". Y si ese principio se verifica universalmente —es conocida la paradoja borgeana según la cual el nacionalismo es el más universal de los fenómenos—, en la Argentina asumió algunos ribetes singulares. Si es cierta la aseveración de Ernest Renan en su célebre conferencia "¿Qué es una nación?" respecto a que el olvido de las diferencias pasadas constituye un elemento primordial de la nación en tanto comunidad imaginada, **La Argentina Partida** nos muestra en cambio que en este país el discurso nacionalista se construyó permanentemente invocando las tradiciones de un pueblo-nación que excluía de sus fronteras diversos elementos históricos ocurridos en el espacio argentino. La incesante producción de un pasado de diferencias entre lo nacional y lo antinacional habría dado la tónica a las principales expresiones del nacionalismo argentino.

El libro de Michael Goebel recorre entonces un siglo de efusiones nacionalistas, desde el nacionalismo mitrista de la Nueva Escuela Histórica y el llamado "primer nacionalismo cultural" del Centenario, a los diversos usos del pasado e imágenes de la nación que se dieron en las diversas coyunturas que signaron el curso histórico argentino de los años 1930 hasta prácticamente nuestros días. Además de mostrar la centralidad que la temática nacionalista tuvo en la política y la cultura argentinas, una primera virtud del libro tiene que ver precisamente con ofrecer una visión de ese recorrido en su larga duración. Ese rasgo infrecuente en los trabajos eruditos, hace de **La Argentina Partida** un libro que puede resultar atractivo para un público no solamente académico, y justifica plenamente su traducción al castellano (su versión original en lengua inglesa fue publicada en 2011 por Liverpool University Press). Hubiera sido de lamentar, en efecto, que un esfuerzo de esta naturaleza permaneciera fuera del conocimiento de los lectores argentinos.

Ese carácter de libro emparentado con las producciones historiográficas enmarcadas en el campo de la llamada "alta divulgación", se vincula al hecho de que, en una primera impresión, pareciera que estamos ante cuestiones que ya han sido transitadas por la historia académica reciente. El primer capítulo, en particular, que se centra en La Nueva Escuela Histórica y en el surgimiento del revisionismo histórico en los años 1930, sugiere esa percepción. Conforme se avanza en la lectura del texto, sin embargo, queda de manifiesto que estamos ante un libro que combina juicios sintéticos

sobre algunos fenómenos conocidos, con la apertura a una amplia serie de nuevas dimensiones y matices relativos a los actores políticos e intelectuales estudiados. Así, por ejemplo, Goebel acomete no sólo los discursos de las distintas camadas de revisionistas, sino aspectos mucho menos visitados como su procedencia étnica, su composición de género y su ubicación social. Pero es sobre todo a partir del capítulo que explora las políticas de la historia de los gobiernos que se suceden al primer peronismo que pueden percibirse mejor las contribuciones que el libro ofrece. Así, nos enteramos de los diversos afluentes que convergieron no exentos de tensiones en los usos del pasado de la “Revolución Libertadora”, el frondismo, el Onganiato y el peronismo entre 1973 y 1976, o del cambiante y conflictivo lugar que los intelectuales del nacionalismo de derecha de los años '30 y del revisionismo de izquierda posterior ocuparon en cada una de esas estaciones. A través de episodios como los diversos intentos de repatriación de los restos de Rosas, las conmemoraciones de la batalla de Vuelta de Obligado, los usos de las imágenes del gaucho, el folclore o la cuestión Malvinas, de conjunto obtenemos un panorama mucho más completo y complejo del avance de un discurso revisionista que, no sin contratiempos para algunos de sus difusores, en palabras de Oscar Terán hacia los años '60 se había transformado en una suerte de “sentido común”. Goebel ofrece así un relato matizado de las diversas alternativas que tiñeron de un aire anticosmopolita y extranjerofóbico a la política y la cultura argentinas.

Pero no voy a detenerme en los innumerables meandros que abonan esta reconstrucción multidimensional de los vínculos entre las distintas versiones del nacionalismo argentino y los empleos del pasado. Quiero en cambio subrayar tres cuestiones de gran valor que ofrece el libro. En primer lugar, como queda claro tanto en la introducción como en las conclusiones, se trata de un trabajo que se inscribe expresamente en las líneas abiertas por la historiografía de las naciones y los nacionalismos desarrollada sobre todo en los últimos 30 años. Es decir, que coloca al caso argentino en el campo de discusiones alimentado no solamente por los nombres más referenciados con ese enfoque historiográfico —Hobsbawm, Benedict Anderson, Ernest Gellner—, sino por un abanico bastante más amplio de autores que contribuyeron a instalarlo y que promovieron debates en su seno. Recordemos que, como dejaba sentado Hobsbawm al inicio de su **Naciones y nacionalismos**, desde los años 1980 un conjunto de trabajos históricos y sociológicos ha sentado nuevas bases para pensar el fenómeno nacional. Tan robusta fue esa renovación, que los

estudios sobre los nacionalismos pasaron a ocupar un lugar primordial en las humanidades, lo que se evidenció en programas de investigación y revistas académicas internacionales consagradas especialmente a la temática. La historiografía argentina se hizo eco de esa perspectiva que tuvo resonancias globales, y así autores como José Carlos Chiaramonte, Fernando Devoto, Oscar Terán o Lilia Ana Bertoni, entre otros, ofrecieron contribuciones que ayudaron a enfocar críticamente el problema. Pero hay que señalar que, a pesar de la importancia de esos trabajos, la mirada que promovían no alcanzó a establecerse como una orientación de peso. Todavía más, sin haber agotado la agenda de problemas y discusiones que esa perspectiva crítica traía consigo, algunas voces ya la han dado por perimida. Tal es la opción defendida, por ejemplo, por Alejandro Grimson, que ha propuesto una perspectiva post-constructivista sobre la nación que explícitamente toma distancia del mencionado enfoque. En este contexto, la aparición de un libro como el de Michael Goebel debiera ser motivo de celebración, porque invita a renovar y aun profundizar las discusiones sobre esta problemática. Una problemática cuya actualidad, huelga decir, se comprueba apenas se observa el acontecer de la vida del país.

Un segundo mérito del libro radica en haber considerado al nacionalismo argentino en un sentido amplio, no limitado a las corrientes que reivindican ese nombre. Así, “los nacionalistas” estudiados por autores como Enrique Zuleta Alvarez o David Rock, es decir, los nacionalistas de derecha, componen solamente una de las familias del campo nacionalista. Y más importante que eso: a diferencia de autores como Cristián Buchrucker, que establecía nítidas diferencias entre el nacionalismo autoritario y el nacionalismo popular, Goebel se ocupa de los numerosos lazos y zonas de convergencia que comunicaron, en distintas coyunturas, a ambas tradiciones. Así, por ejemplo, si el peronismo se inventa a sí mismo desmarcándose del elenco de nacionalistas de derecha en el que se había fraguado tras el golpe de Estado de 1943, el tipo de nacionalismo que promueve incorpora y mixtura elementos de diversas tradiciones: del panteón del nacionalismo liberal —como queda de manifiesto no solamente a través del conocido episodio de los nombres adjudicados a las líneas ferroviarias luego de su nacionalización—, del nacionalismo popular de FORJA, de los elementos del criollismo, del nacionalismo culturalista de la generación del Centenario (la de Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez), pero también del revisionismo histórico de derecha de Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta y tantos otros, por ejemplo en sus deudas con el hispa-

nismo tradicionalista y, al menos inicialmente, con el catolicismo. También el nacionalismo de tintes antiimperialistas del proyecto frondicista convocó elementos de diversas tradiciones: pudo mentar al forjismo, al que lo comunicaba su Ministro de Defensa, Gabriel del Mazo, pero también pudo dar lugar en su seno a figuras provenientes del nacionalismo católico de derechas como Mario Amadeo. Pero en la medida en que los rumbos adoptados por el gobierno de Frondizi consolidaron la noción de que cometía una “traición” (una traición al nacionalismo que había profesado), espacios opositores como el Instituto Rosas, bastión del revisionismo de derecha, comenzaron a reunir nacionalistas de diversas procedencias. Así, su director, José María Rosa, podía converger con Arturo Jauretche en campañas culturales en sindicatos y otros espacios culturales. Años después, el Instituto Rosas dio cobijo no sólo a viejos revisionistas de derechas, sino a otros de izquierda como Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. En definitiva, lo que muestra Goebel es que el revisionismo histórico no meramente viró hacia la izquierda en los años '60, sino que fue un espacio fluido y de múltiples vasos comunicantes en el que motivos compartidos (como el antiliberalismo, o el antiimperialismo) podían reunir a figuras de diversa procedencia. La narrativa nacional-popular que se hace sentido común en los años '60 era deudora de muchos motivos que eran la razón de ser de los revisionistas de derecha, como muestra el fervoroso rosismo de la Juventud Peronista en esos años, o el tradicionalismo cultural de Hernández Arregui (que llegó a afirmar, según recuerda el autor del libro, que la homosexualidad era un producto extranjero derivado de las imposiciones imperialistas).

Finalmente, un tercer aporte que me gustaría extraer de las numerosas ideas sugestivas que trae este libro tiene que ver precisamente con una nueva mirada sobre el fenómeno de expansión de las ideas revisionistas y nacional-populares luego de la caída del peronismo en 1955. Usualmente ese fenómeno se atribuye a una serie de factores como la emergencia de una nueva generación que ingresa a las universidades y se desmarca del antiperonismo de sus padres, el aura proveniente de la resistencia peronista y de la persistente fidelidad a Perón de la clase obrera, o el éxito editorial de figuras como Rodolfo Puiggrós, Hernández Arregui, Jorge Abelardo Ramos o Arturo Jauretche. Goebel ofrece otro punto de partida, que tiene que ver precisamente con que su punto de mira parte de la centralidad y casi omnipresencia del nacionalismo. Como él señala, en general los trabajos que se preocupan por la historia del nacionalismo en Argentina se han



concentrado en la nacionalización de las masas a través de la escuela a fines del siglo XIX, la emergencia del nacionalismo cultural durante el Centenario de 1910, o las entonaciones del nacionalismo de derecha de los años '30. En cambio, el período que se abre en 1955 no ha sido explorado en la misma medida en cuanto a la centralidad que el nacionalismo, o la pluralidad de nacionalismos que convergían en su seno, detentaba en el período. Como señala el autor, así como el peronismo fue un experimento exitoso de apropiación de ideas y consignas que provenían de otras tradiciones políticas, como el socialismo, fue asimismo exitoso en la fagocitación de virtualmente todos los nacionalismos. Así, luego de 1955 todo aquel que se sintiera traccionado por alguna forma de nacionalismo, sea nacionalismo autoritario, antiimperialista, culturalista o popular, podía encontrar motivos para añorar a Perón, para imaginar que las ideas que profesaba sólo podrían llevarse a la práctica una vez que el peronismo regresara al poder. En definitiva, este punto de vista ayudaría a comprender no solamente la peronización progresiva de muchos sectores y la transformación del revisionismo histórico en esa suerte de sentido común que mencionaba Terán, sino a enfocar de modo novedoso tanto el amplio paraguas que fue el peronismo como las semillas de discordia que se incubaban en su seno, y que estallarían trágicamente en 1973.

Esos y otros varios rasgos hacen de **La Argentina Partida**, en momentos en que las querellas sobre el pasado y las políticas de la historia han cobrado una relevancia en el debate público insospechada apenas unos años atrás, un libro que convoca a continuar las exploraciones y las discusiones sobre la materia que trata.

**Martín Bergel**  
(CHI-UNQ / CONICET)

A propósito de Sebastián Carassai,

**Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia**, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2013, 329 pp.

El libro de Sebastián Carassai es, sin lugar a dudas, una intervención particularmente disruptiva, incómoda. Lo es, al menos, para ese relato sobre los años setenta que se ha consagrado en el espacio de la memoria social hasta alcanzar la estatura de una suerte de memoria oficial y que, paralelamente, se halla instalado sin mayores interpelaciones en el campo de los estudios sobre el pasado reciente.

A riesgo de esquematizaciones burdas, podría decirse que los tópicos que jalonan ese relato son: a) la proscripción del peronismo a partir de 1956 le otorga un insalvable carácter de ilegitimidad al régimen; b) en ese contexto, una porción sustantivamente significativa de las clases medias se *peronizan* y, en un escenario internacional signado por la expansión de movimientos emancipatorios en general y por la experiencia de la Revolución Cubana en particular, se radicalizan; c) la cerrazón de canales político-institucionales implicada en la proscripción del peronismo, primero, y en el golpe de Estado de 1966, después deja sin alternativas al campo popular: la protesta social y la violencia insurgente son, así, los componentes clave de un mismo proceso; d) de lo anterior queda claro no sólo la naturaleza reactiva de la violencia insurgente sino, además y fundamentalmente, su legitimidad y su aprobación por parte de amplios sectores sociales; e) la amplitud del desafío contestatario desencadena una represión legal e ilegal sin precedentes hasta entonces que empuja a las organizaciones revolucionarias a la clandestinidad; f) acorraladas por la represión, éstas cometen el error de militarizarse lo cual se traduce en un aislamiento de las masas; g) en ese contexto de represión ilegal, militarización y aislamiento de las organizaciones revolucionarias sobreviene una suerte de rebote del humor colectivo respecto de la violencia insurgente; h) este rebote favorece el avance de las fuerzas golpistas; i) tras el golpe del 24 de marzo se despliega sobre el conjunto de la sociedad un sistema represivo ilegal basado en la diseminación del terror y orientado al disciplinamiento social.

Bueno, el libro de Carassai viene a poner en cuestión si no todos y cada uno de estos tópicos, al menos aquellos que le son centrales o, mejor aún, fundamentales a ese relato. Y lo hará a partir del estudio de las clases medias no involucradas de manera directa en la lucha política de los años setenta, en especial, en relación a dos cuestiones claves: la política y la violencia. Se celebra, entonces y en primer lugar, un objeto de estudio poco estudiado en el campo de la historia reciente: eso que la editorial ha decidido llamar "gente común", término por lo menos polémico y muy fácilmente impugnado y que, sin embargo, *funciona* en términos de *representaciones e interpelación*.

¿Y qué nos dice Carassai de "la gente común"?

a) Que no se peronizó (más aún, que su identidad política permaneció condicionada por una sensibilidad estructurada en torno a su distinción del peronismo); b) que no participó del proceso de radicalización política-ideológica de los tempranos setenta (en todo caso esa radicaliza-

ción tuvo lugar sólo entre los jóvenes universitarios que representan, de todos modos, un porcentaje ínfimo de las capas medias); c) que no votó por la izquierda en 1973; d) que nunca legitimó o vio con simpatía la violencia insurgente; e) que incluso guardó una completa ajenidad respecto de los objetivos y/o sentidos de esa violencia; f) que si tuvo algún tipo de sensibilidad respecto de la "violencia social" —en rigor, protesta social— ésta tuvo razones más afectivas y ligadas a cierta empatía o identificación generacional que a razones de índole político-ideológicas; g) que la represión de la violencia guerrillera en su modalidad terrorismo de Estado no sólo comenzó mucho antes del '76 (bajo el gobierno peronista) sino que, bastante lejos de percibirse como *disciplinamiento*, fue la depositaria de buena parte de las esperanzas de estas capas medias que, para coronar la disruptiva intervención de Carassai, sólo aspiraban a un suerte de recomposición moral (cuyo *leiv motiv* sería la conservadora cadena no necesariamente consciente pero presente en todo caso familia-trabajo-estudio-orden-jerarquía).

Estos son, dichos en tiempos de reseña, los tópicos que decantan de cuatro capítulos del libro de Carassai (1. La cultura política; 2. La violencia social; 3. La violencia armada; 4. La violencia estatal). El último y 5° capítulo, Deseo y violencia (1966-1975), se aleja ligeramente del hilo conductor del relato para adentrarse en otra dimensión tan resbaladiza como sugerente: aquella que remite a los vínculos entre violencia y deseo social. A través del análisis de un conjunto de productos publicitarios —entendidos éstos como vehículos de valores y creencias que exceden a los protagonistas del negocio y son, en rigor, ruedas de molino que mediatizan el deseo social, en tanto de éste se nutren y a éste se dirigen— Carassai echa luz sobre un fondo de creciente violencia inconscientemente compartida por amplios sectores sociales. En ese fondo se dejan leer un culto a la implacabilidad de las acciones, una necesidad de producir o desear que se produjeran hechos irreversibles, expresiones de una fe compartida, por unos y por otros, en acciones extraordinarias que, como un rayo, partieran en dos la historia.

Así, la intervención de Carassai avanza por caminos sugestivos sobre varios de los huecos y sin respuestas que acarrear las investigaciones y relatos más extendidos sobre los setenta. A través de un objeto de estudio que, como ha sido señalado, se encuentra poco explorado por la historiografía de esos años, avanza, por ejemplo, sobre un vínculo también poco explorado: el de las organizaciones revolucionarias armadas con el afuera. Si los rela-